

"Diario Vasco"

Jau Sebastian 23 mayo 1958

# O VASCO

## Con Paulino Uzcudun en la Plaza de Manuel Becerra

Por MARINO GOMEZ-SANTOS

**P**AULINO Uzcudun vive en Torrelaguna. Los deportistas que le conocen dicen que puede verse al púgil de Régil, en su finca, maniobrando con los tractores.

El cronista telefona a Torrelaguna.

—Está en Madrid. Llame usted a la parroquia de Covadonga porque Paulino estará allí con el párroco, que es cuñado suyo.

Nueva llamada telefónica a la parroquia. Un monaguillo dice que el boxeador acaba de entrar en la Casa Rectoral.

Hay que concentrar todos los sentidos en el oído para poder entenderle a Uzcudun.

—Bueno, a las ocho, en el Bar Río de la Plata, que está aquí en la Plaza de Manuel Becerra, junto a la salida del metro.

### Paulino Uzcudun, con gafas y bastón

A las ocho en punto Paulino Uzcudun estaba en el bar, leyendo el periódico. Vestía correctamente, como puede vestir un terrateniente acomodado. La boina negra calada hasta las cejas, gafas de armadura gruesa: la nariz partida, con las fosas nasales muy abiertas y un bastón apoyado en un silla junto a la gabardina.

Nos dió la mano, ancha, grande, casi monstruosa, llena de durezas amarillas que brillaban, del color de la cera.

Sacó tabaco y se puso a liar torpemente un cigarrillo.

—Bueno. ¿Y usted qué quiere? Yo no quiero nada con los periodistas, ni con los fotógrafos. Siempre me han perjudicado. Yo les digo una cosa y ellos, después, van por su cuenta.

Le digo que a uno no le importan esas cosas, que uno va a verle de buena fe y que mejor será que nos dé un margen de confianza.

—Yo no les debo nada a los periodistas españoles; porque yo triunfé en el extranjero. Salí de mi casa de veintitís años, sin saber más que el vascuence. Así fui a París, a entrenarme. Me echaron un bicho que me trajo por la calle de la amargura. Cuando volvía por la noche al hotel tomaba los huevos pasados por agua y al llegar al plato de carne, que bien me apetecía, tenía que dejarlo por no poder masticarlo de lo castigada que tenía la cara. Yo bregué mucho... No le debo nada a nadie...

### Paulino Uzcudun, ángel y escamón

El bar en que estábamos era muy para que citase en él un boxeador. Una radio transmitía música popular.

—Paulino ¿y usted...?

"Ya no estás a mi lado corazón..."

—Paulino, que le decía yo...

"En mi pecho solo tengo soledad"

La radio corta toda ilación conversacional. La radio y las conversaciones de la clientela de la barra, que toma cervezas y chatos de vino. Por el suelo hay residuos de mariscos y servilletas de papel usadas.

—Usted será como todos los demás. Usted luego hará lo que quiera con lo que yo le cuento. Yo ya soy perro viejo y sé que lo que quiero decir usted no lo publicaría porque también tiene que vivir y no quiere buscarse líos. Yo a los periodistas siempre los trato bien. Mire, no quiero hablar...

Aún haciéndome cargo de sus posibilidades mentales, de su criterio frente a la vida, de los mundos opuestos desde los que hablamos, me veo en la obligación de cortar con una frase toda la escamonería, quizá llena de fundamento y de razón, por su parte.

—Mire usted Uzcudun yo le repito que me limitaré a contar lo que usted me diga, textualmente. No tengo nada que ver con los que han llegado antes a usted. No se nada de lo ocurrido antes. Baste saber que tengo buena fe.

—¡Si, si, eso lo dicen todos para engañarme!

—Pero yo no tengo deseo de engañarle a usted, Paulino.

—Nada, nada!

Movía la boina alrededor de la cabeza, chupaba del pitillo, mojándolo mucho de saliva, que le segregaba abundantemente por la boca.

—¿Sabe usted una cosa, Paulino?

—¿Qué...?

—Que tengo muy poco humor y mucho dinero.

Tomé el sombrero de la silla y ya iba a marcharme, sin más explicaciones, cuando el púgil de Régil se abalanzó sobre nosotros.

—No se enfade usted, que yo no quiero ofenderle. No se enfade. Yo salgo esta noche para San Sebastián. Tengo que seguir un tratamiento de corrientes que me están aplicando en esta pierna. Me tiró un caballo. Cuando vuelva yo le llamo a usted por teléfono.

Le había salido a Uzcudun el ángel que lleva dormido en el alma. Le había salido el vasco sentimental.

### Dos niños rubios

Entraron dos niños rubios en el bar.

—Estos son mis hijos pequeños.

Los levantó en el aire, como puede coger el león a sus cachorros, amorosamente y los colocó sobre las rodillas.

—Un beso al padre. Ahora, otro. Saludar a ese señor.

El niño pequeño, un chico con buena pinta, comenzó a ensañarse a puñetazos con el padre.

—Este sí, este va a dar mucho que hacer. El otro día, jugando también, me tiró uno aquí y me partió el labio. Este sí, este va a dar guerra. Se le ponían al padre los ojos nublados, brillantes, llenos de emocionado orgullo de padre grande.

### Colofón

—Oiga, Paulino, ¿entonces, qué...?

Echó la boina hacia atrás. Sonrió.

—Mire usted. Yo le cuento todo; pero si usted me firma un papel, aceptando una

paliza mía, en caso de que no cuente lo que yo le digo.

Cuando dijo aquello se echó hacia atrás en la silla y comenzó a reír a carcajadas.

Cañas de cerveza, canciones populares, público de barrio, residuos de mariscos en el suelo.

Salimos a la calle y el fue ha-



Paulino Uzcudun, en su casa de Torrelaguna

—Mire, mire, si todavía me quedan arrestos para pegarle una paliza. Y me mostraba los puños cerrados.

cia la parroquia apoyado en el bastón renqueando. Me le quedé mirando hasta que se perdió entre la gente.

Al fin, un buen hombre.